

23. Testigos asombrados de la Redención

Cuando Jesús reprocha a Pedro no tener los sentimientos de Dios, sino de los hombres, lo hacía pensando en el Padre. Pero ¿cuáles son los sentimientos del Padre? ¿Con qué sentimientos quería el Padre que el Hijo padeciese, muriese y resucitase? Recordemos lo que provocó la reacción contraria de Pedro a los sentimientos de Dios: “Jesús comenzó a explicar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y sufrir mucho por parte de los ancianos, de los jefes de los sacerdotes y de los escribas, morir y resucitar al tercer día” (Mt 16,21).

Podemos decir que la Escritura nos revela dos sentimientos fundamentales en el Padre: la preferencia del Hijo, que expresa en el Bautismo de Jesús y en el momento de la Transfiguración, y la compasión misericordiosa por los hombres. Y en el misterio pascual, ya anunciado tanto en el Bautismo como en la Transfiguración, es como si estos sentimientos se fundiesen o, más bien, manifestasen su unidad, porque el amor de Dios, el Corazón de Dios no está dividido. En Getsemaní, es como si el Hijo aceptase, como lo hace desde toda la eternidad, que el Padre ame a los pecadores con la predilección con la que le ama eternamente a Él, en la comunión del Espíritu. Y este amor, que redime a la humanidad, es la Redención del hombre. El anuncio de la pasión, muerte y resurrección era el anuncio de la Redención como cumplimiento de la predilección del Padre por el Hijo comunicada y participada a los hombres creados para llegar a ser hijos de Dios en Cristo. Oponiéndose a esto, Pedro se oponía al amor de Dios que en Cristo abarcaba la humanidad para amarnos hasta el fin, es decir, hasta la Redención en su Sangre. Era como si Pedro quisiese que Cristo hubiera venido para otra cosa en lugar de para redimir al hombre, como si pensase que la salvación tuviera que ser otra cosa diferente de la Redención. Espera de Cristo lo que los hombres esperan de los hombres y no lo que Dios quería dar a los hombres.

Así pues, “sentir como Dios” quiere decir esperar de Cristo esencialmente la Redención. Y esto significa esperar de Él lo que solo Él nos puede dar. La liberación del pueblo de Israel de los Romanos, u otros valores y poderes, se pueden esperar también de los demás, pero la Redención solo nos la puede dar el Hijo de Dios encarnado, muerto y resucitado por nosotros.

En la Redención, coinciden para el Padre la predilección por el Hijo con la misericordia por los hombres. Coinciden en los sentimientos del Padre totalmente acogidos por el Hijo, y coinciden por nosotros, con el fin de salvarnos.

Por lo que no hay amor de Dios más grande que el de dejarnos redimir, porque esto quiere decir dejarnos preferir por el Padre como prefiere al Hijo, y preferir al Padre como lo prefiere el Hijo. El don del Espíritu en Pentecostés, fruto y cumplimiento inagotable de la muerte y resurrección del Señor, es este sentimiento de Dios que se comunica a la humanidad, formando la Iglesia, el Pueblo de los redimidos, es decir, nosotros y toda la humanidad a la que aún le falta Aquel que ya se ha entregado por todos.

Si de verdad fuésemos conscientes de esto, viviríamos nuestra vocación llenos de asombro.

Uno de los iconos más expresivos de un “yo” sorprendido en la cima de una libertad despertada por el encuentro con Cristo es el san Mateo de Caravaggio en San Luis de los Franceses. La ambigüedad de la escena y de los gestos acentúa la sorpresa en los ojos de Mateo, y la sorpresa de los ojos define el gesto del índice dirigido a sí de forma interrogativa, de modo que toda la figura de Mateo dice “¿Yo?”, pero no desganado como el “¿Yo?” de don Abundio. El punto interrogativo en el “¿Yo?” de Don Abundio no está abierto, no está en salida, está en el umbral de la madriguera del topo, dentro de la cual don Abundio está preparado para refugiarse. El “¿Yo?” expresado por el índice de Mateo, pero sobre todo por su mirada asombrada, está ya fuera de la madriguera de su compañía de cómplices y clientes, replegados sobre el dinero: expresa un deseo, una pregunta de Cristo. Es atraído para salir de sí hacia el Tú que le mira, le indica y le llama, un Tú que es ya una compañía, resumida en el cuadro por Pedro que refleja y subraya el gesto de Jesús hacia Mateo.

Este asombro lleno de deseo, este asombro de niño, que expresan los ojos de Mateo, es la frescura de la vocación a la que estamos llamados a volver siempre de nuevo. Para ser felices y fecundos en la vivencia de nuestra vocación, deberemos volver siempre esencialmente a este asombro, que es un don del Espíritu.

Una clarisa suiza, Sor María de la Trinidad, en el siglo Luisa Jacques, muerta en olor de santidad en Jerusalén, que fue compañera de la mística Adrienne von Speyr en el sanatorio de Leysin, cuando ambas eran todavía protestantes, expresó esta frescura en una carta a una amiga en el año 1942, escrita cinco meses antes de su muerte, a los 41 años, acontecida el 25 de junio de 1942:

“Soy feliz de mi vocación, lo sabes, lo has quizá adivinado. Quisiera podértelo decir de modo que mi felicidad irradie tanto como para derramarse en alegría en las almas de los demás... Pero no sé hablar, y es tan interior la felicidad de una clarisa que no se puede explicar. Se adivina. Se dice que nos empeñamos en el camino de la perfección. No creo estar ya en él, y no sé si llegaré a estar en él, ¡pero me doy cuenta que me he dedicado a una vida de asombro! ¡No hay nada más hermoso que acercarse al Señor Jesús!” (Carta a Blurette, Jerusalén, 11 de enero de 1942).

El asombro ante la belleza de la presencia de Cristo que nos llama hacia Él es la tarea exhaustiva e inagotable de la vocación, y lo que regenera en el encuentro con Cristo la alegría y fecundidad de nuestro seguimiento, haciéndola fecunda en alegría para los demás.

Una vocación está cumplida, no cuando es perfecta sino cuando con *asombro*, como al inicio. El asombro es la alegría que uno experimenta ante otro yo, más grande que uno mismo, que se nos regala, y que se halla experimentando. Esta plenitud es posible desde ahora, si la mirada, el corazón, están abiertos ahora, desarmadoo, por la belleza de Jesucristo, una belleza que existe ya, porque es la Suya. No tengo que crearla en mí, se me da, se me regala, me alcanza: «Jesús alzó la mirada y le dijo: “¡Zaqueo!”» (Lc 19,5).

Nuestra belleza es el asombro ante Cristo que nos llama ahora.

El final de mi último Capítulo para el CFM es siempre como el final de un largometraje, cuando se enumeran todos los actores, los colaboradores, etc. Y al final de la película siempre me quedo asombrado de cuánta gente ha de trabajar en lo escondido para realizarlo. Sin embargo, al final de la película, con frecuencia la gente no se queda a leer toda la lista. Yo lo hago sobre todo cuando una película me ha conmovido mucho, y necesito permanecer en silencio para vivir hasta el fondo las emociones y dejar pasar los signos exteriores, como las lágrimas, que no se quieren exponer al público...

Por lo tanto, con emoción, pero alegre, agradezco en vuestro nombre y en el de todos al P. Procurador Lluç, P. Galgano, Agnese y Piotr Kulczycki, por todo el inmenso y cuidado trabajo de organización; a nuestras queridas Hermanas Misioneras Hijas del Corazón de María en la cocina, lavandería y plancha, sin las cuales no habríamos podido sobrevivir un mes; a todos los Profesores, muy apreciados, que se conocen por el programa del curso; los intérpretes, todos muy eficientes, y doy las gracias especialmente a aquellos miembros de nuestra Orden y a sus comunidades que nos los han prestado: P. Bazezew de Shola, P. Guilherme de Claraval y Sor Aline de S. Giacomo di Veglia. Un gran trabajo es el que han realizado todas las traductoras y los traductores de mis Capítulos: Annemarie Schobinger para el alemán, y también para el francés, que ha compartido con Sor Michaela de Rieunette; Madre Eugenia de Talavera de la Reina para el español; Sor Aline para el portugués; P. Stephen de Dallas, con sus hermanos P. Thomas y P. John para el inglés.

Y, finalmente, os doy las gracias a todos vosotros, los estudiantes, porque habéis vivido este Curso con atención y espíritu fraterno, ayudándoos mucho mutuamente en la comunicación, en el silencio, en el servicio, incluso ante los casos de emergencia, gracias a Dios bien solucionados.

¡Este año, 22 de vosotros habéis terminado el Trienio! ¡Tantísimos! que echaremos de menos el año que viene, pero veréis que la comunión nacida y crecida en estos años traerá frutos de comunión más fuertes que la distancia y el tiempo.

Por esto, vamos a dar gracias a Dios, y no nos olvidemos de rezar los unos por los otros, para que las semillas que, espero, el Curso ha puesto en nosotros, produzcan buenos frutos en la viña del Señor.

¡Gracias!